

de la Villa; creed á uno cuyas ambiciones se reducen ahora á un solo deseo: el de poder decir antes que se acaben sus días, la última vez que hable á los niños de las Escuelas públicas: — «¡Alegraos! Vosotros vereis una sociedad más justa y más feliz que aquella en que os dejo.» — No; no tengo otro deseo que el de ver al proletariado italiano, es decir, al verdadero pueblo, fundamento y fin de todo, cuerpo y alma de la patria, caminar y avanzar triunfalmente en el bendito camino de su redención!



ENTRE PADRE É HIJO

(FRAGMENTO DE UNA NARRACIÓN)

.....

A las diez de la mañana, cuando había vuelto de su acostumbrado paseo, y mientras su mujer y la muchachá encontrábanse en misa, se entraron por las puertas Alberto y la nuera. Él se lanzó al encuentro de su hijo, como si no lo hubiera visto en un mes. Entraron ambos en la sala de estudio, inundada de luz, y ambos, tan frescos, hermosos y bien vestidos, rebosando juventud y alegría, al punto de que Bianchini no pudo contener una exclamación de placer, permaneciendo un momento inmóvil para mirarlos.

¡Oh, aquel Alberto, aquel querido hijo, cada vez que lo veía, estaba tentado por meterle la mano entre el bosque de rubios y rizados cabellos, como de pequeño lo hacía, perdiéndose los dedos entre aquella

selva de dorada seda sin cardar. No era muy alto, pero sí bien proporcionado y de constitución sólida. Tenía la cara de su padre, pero refinada y ennoblecida por la luz del ingenio, y aquel mismo aire de bondad, pero sublimado y mezclado con una franca expresión de altivez. Él experimentaba siempre delante de su hijo la alegría de un artista mediocre que ha conseguido por casualidad hacer una obra maestra. Gozaba en quitarse delante de él toda apariencia de autoridad, demostrándole con esto que reconocía su superioridad y para hacerle comprender mejor el propio afecto y la propia gratitud.

Se sentaron un momento los tres alrededor de un velador enfrente de la ventana, por donde entraba un rayo de sol que doraba la cabeza del joven é iluminaba la frescura blanquísima de su mujer. Bianchini habló inmediatamente de los acontecimientos del 1.º de Mayo, bromeando, preparado á recibir un alzarse de hombros por parte de su hijo, que vivía completamente entregado á sus estudios literarios y alejado de todo otro asunto.

—¿Has visto—le dijo,—has oído ayer por la noche á algunos majaderos?...

El hijo respondió con indiferencia. Si había visto... Se había parado por espacio de una hora bajo los pórticos de la plaza, allá en el fondo, delante del café...; y se detuvo, como si le remordiese la conciencia de añadir lo que tenía en el pensamiento. Pero preguntándole su padre qué pensaba de todo aquéllo, expuso sus ideas.

—¿Qué quieres? Á mí me causa pena ver una sociedad que, cuando las gentes que la hacen vivir demandan un poco más de bienestar y un poco menos de trabajo, se les enseñan las bayonetas por toda contestación.

El padre le miró con ojos asombrados.

—Comprendo—repuso después,—pero que lo pidan de otra manera.

—Hace tiempo que lo están pidiendo de otra manera—observó el hijo sonriendo—y, ¿qué han obtenido?

El padre volvió á mirarle más asombrado aún.

—Pero es preciso ver—añadió—si sus peticiones son razonables, porque al fin y á la postre, la condición de los obreros ha mejorado mucho de lo que era en tiempo atrás.

—Es una aseveración discutible—replicó

el joven;—ha mejorado para algunos y ha empeorado para otros, y se ha convertido en mucho más precaria para todos. Pero, aun admitiendo que estuviesen peor en otros tiempos, ¿te parecería justo negar un derecho á un negro liberto, por la razón de que su padre, esclavo, no había tenido derecho alguno?

Bianchini no comprendió bien el argumento.

—Está bien—objetó,—pero vamos andando; el mejoramiento de la propia condición depende también en gran parte de ellos mismos. Si ellos economizasen un poco más, si no tuviesen vicios, si se ilustrasen...

—Pero, querido padre—dijo con sonrisa amorosa el hijo,—cuando el salario basta apenas para las necesidades urgentes de la vida, ¿cómo quieres que sea suficiente para hacer economías? ¡Los vicios! ¡Dios mío! Nosotros sabemos bien, qué grandes vicios se pueden tener sin dinero, y en cuanto á lo de instruirse, ¿qué tiempo les queda para ello?

—Que ¿qué tiempo les queda?—contestó un poco embarazado Bianchini.—¿Es acaso que tú estás por las ocho horas de trabajo?

—Ciertamente.

—¿Y crees que lo obtendrán?

—No.

—Pues he ahí cómo el estado actual de las cosas es inevitable.

—No, padre mío, tú quieres decir que el estado actual de las cosas era inevitable que se produjese como una de las fases de todo el desenvolvimiento de los hechos, y en esta parte, es verdad. Pero se trata de otra cosa. Como el estado actual se ha derivado de otro, así otro estado, con el tiempo, sucederá al presente de un modo necesario, por fuerzas independientes de la voluntad de los particulares y de los Gobiernos.

El padre lo contempló otra vez con estupor, y después de rascarse la cabeza, no convencido, le preguntó resueltamente:

—¿De qué manera?

—En cuanto á eso, no puedo responder; se puede prever á qué llegará la sociedad, pero no se puede señalar el camino ó caminos por los cuales pasará para llegar á aquel nuevo estado.

—¿Acaso quieres decir que por medio de una revolución?

—Puede; ó, si no por medio de una revolución, por medio de una serie de sacudidas

violentas, de evoluciones sociales que poco á poco irán cambiando radicalmente la situación actual.

—¿Y crees que empezará pronto esa serie de... revoluciones? —preguntó Bianchini, con la sonrisa propia del que duda si la conversación se sigue en serio ó en broma.

—Creo que ha empezado ya—contestó brevemente el hijo.

Á estas palabras, el padre y la señora se levantaron á la vez, riendo, para hacer comprender al joven que ya no dudaban de que aquello era broma.

—¿Desde cuándo tienes semejantes ideas?—le preguntó su mujer; y el padre repitió la pregunta, poniéndole la mano en un hombro.—Justo, ¿desde cuándo?

Alberto se levantó un poco picado y repuso:

—He hablado en serio. ¿Cómo podéis suponer que yo bromeo sobre un asunto de tal entidad?

El padre dejó de reír.

—Pues entonces, ¿por qué no nos has expresado nunca esas ideas?

—Porque preveía que no nos habríamos entendido, y ved, prácticamente, que tenía razón en obrar así.

—Pero en resumen, —añadió Bianchini, golpeando sobre su frente los dedos reunidos de su mano derecha,—pero dime clara precisamente, qué es lo que piensas.

El joven contestó con dulce timidez:

—Pues he aquí lo que pienso. Pienso que la parte que se da á los trabajadores en el producto general de las riquezas, no es proporcionada con la parte que ellos representan en la obra social de la producción; pienso que no es justo que aquellos miembros de la sociedad que cumplen los trabajos más necesarios y más fatigosos para mantener á la misma, nutrirla, vestirla, abrirla, proporcionándole, por otro lado, tiempo y medios de instruirse, no ganen bastante ellos mismos para instruirse, vestirse y abrigarse humanamente, y estén excluidos hasta de la posibilidad misma de instruirse. Pienso, en suma, que el trabajador no recoge todos los beneficios, á los cuales tiene derecho, del progreso y de la civilización, porque estos beneficios le son interceptados por una defectuosa é injusta organización. He ahí lo que pienso.

La señora, con su voz plácida, se entrometió en la discusión.

—Pero, Alberto, ¿cómo quieres que todos

puedan encontrarse en las mismas condiciones de fortuna?

El padre aprobó con una indicación de cabeza.

—No digo eso—exclamó el interpelado,—pero, ¿por qué razón ni por qué principio se han de encontrar, generalmente, en las condiciones peores aquellos que se afanan más y que son los más necesarios? ¿Por qué debe haber tanta gente que trabaja demasiado y no come bastante, y tantas otras gentes que trabajan poquisimo y viven en el bienestar, y tantas otras gentes que no trabajando absolutamente nada, nadan, sin embargo, en la abundancia?

—Pero, porque el mundo está hecho así, hijo mío — prorrumpió Bianchini abriendo los brazos, admirado de la ingenuidad de su hijo,—y porque siempre ha sido así, y siempre así será.

—No, padre, así como ahora, no ha sido siempre. Había antes esclavitud y servidumbre, y ya no existe; había feudalismo y despotismo, y ahora han desaparecido; había desigualdad civil y política en las clases, y ha sido suprimida, al menos legalmente. Ved, pues, qué el mundo ha cambiado, y si ha cambiado ya, se podrá cambiar

también en lo sucesivo, y si puede cambiarse, no es razonable decir «así está hecho», para probar que no hay remedio á sus injusticias y á sus males.

El padre dudó un momento, y luego preguntó:

—¿Pero cómo debería ahora mudarse si tú mismo dices que tenemos la libertad é igualdad, que equivale á decir que todos los caminos están abiertos para todos, con objeto de que puedan mejorar su propia suerte?

El hijo hizo un ligero movimiento de impaciencia, porque, poco tolerante con la contradicción por vivacidad de su naturaleza, le impacientaba también más y más las réplicas de su padre, á quien, sin embargo, amaba tanto; y esto precisamente, porque en todas las demás cuestiones le había encontrado cediendo á sus propias ideas, bien fuera convencido, ó bien sin persuadirse.

Le subió á Alberto al rostro un ligero rubor y dijo:

—He ahí el error: la libertad y la igualdad fueron una conquista de hecho para una parte de la sociedad, pero permanecieron siendo dos palabras vacías para otra parte.

— ¡Cómo!

— La igualdad verdadera no puede subsistir mientras que la existencia del mayor número dependa de la voluntad y de la fortuna de poquitos. La libertad no es sino para quien tiene medios y cultura. Quien no tiene ni los unos ni la otra, es esclavo de la miseria, de su ignorancia y del acaso. El camino para mejorar la propia suerte no está abierto para todos, porque cuantos nacen en condiciones privilegiadas de fortuna se encuentran en la mitad del camino y lo ocupan, y no hay uno, de cada mil de los demás, que pueda alcanzarle y abrirse paso entre aquellas filas. Piensa un poco en esto, papá. Es una injusticia que revuelve las entrañas. Si nosotros no lo advertimos muchas veces es porque nuestros intereses nos han corrompido la conciencia.

El padre le miró de nuevo más profundamente asombrado que nunca; después se rebeló, repitiendo una frase muy oída.

— Al fin y al cabo — dijo con energía en él desacostumbrada, — el mundo es de aquellos que lo tomaron por asalto, de los que lo hicieron así por haber nacido los más fuertes.

— Habrán sido los más fuertes en otro

tiempo — respondió Alberto; — pero ahora no son ya en su mayoría, sino los más afortunados y los más cucos y listos. Pero, aun admitiendo que sean los más fuertes, esto querrá decir que cuando se pongan de acuerdo los trabajadores, también serán ellos los más fuertes, y tendrán entonces razón para ponernos el pie en el cuello, como nosotros hacemos ahora con ellos precisamente.

Bianchini se estremeció.

— ¡Pero, Alberto! — exclamó su mujer escandalizada, mirándole cara á cara, como si mirase un semblante desconocido.

— Pero, hijo mío — dijo el padre con acento de severidad triste que no había jamás usado con él. — ¿Quién te ha enseñado esas ideas... así, tan poco... dignas de ti?

Una oleada de sangre subió al rostro de Alberto.

— ¿Poco dignas de mí? — murmuró refrenando la voz. — Perdóname, pero me parece que las que serian indignas de mí serian aquellas que tenía antes. Y no he dicho la mitad de lo que pienso. Pienso que así como está ahora ordenada la sociedad, dirigida para beneficio de una pequeña minoría, la cual explota todas las fuerzas de los obre-

ros, bajo la protección de las leyes; leyes que ha hecho ella para sí sola; que todo este edificio se funda sobre la ignorancia y sobre el embrutecimiento de las muchedumbres; que es sólo la violencia quien lo mantiene; que este estado de cosas nos corrompe á todos, que hay como una infección en la atmósfera moral, causa primera de todas las más tristes pasiones y de las acciones más nefandas y de las mentiras de todas nuestras instituciones y de todas nuestras palabras; y que este estado de cosas no puede durar, y no durará, y que es sagrado deber de todos hacer cuanto esté en nuestra mano para que no dure, aunque fuera á costa de desquiciar el mundo.

La mujer, turbada, con un rápido movimiento de la mano, le tapó la boca. El padre le miró con ojos desmesuradamente abiertos, y después, cogiéndole entrambas manos y llevándoselas al pecho, dijo en voz baja, con acento de afecto profundo y de sincero dolor:

—¡Hijo mío! ¿Eres tú de verdad quien dice esas cosas?

—Soy yo, sin duda alguna—respondió el joven con mentida ronrisa, desligándose lentamente de las manos de su padre;—sien-

to disgustarte, pero ¿con quién había de ser sincero sino con mi padre? Yo veo el mundo ahora bajo otro aspecto que antes, y es ahora en su verdadero aspecto. Creía que el mundo fuese la ciencia, el arte, la política, todas las gentes afortunadas que se ocupan de estas cosas, y no veía otros horizontes. Ahora veo que el mundo es la multitud relegada fuera del progreso y que á la sociedad da todo y no recibe apenas cosa alguna de ella, que suda sobre y bajo la tierra, y se consume en los talleres y se somete á cubrir con sus huesos los campos de batalla, sin sacar otro fruto que no morir de hambre; que por la miseria vende la carne, el alma y la honestidad de la mujer y la sangre de la infancia, y que por la miseria, amenaza, roba, se desespera, enloquece, se suicida y hace del mundo un infierno.

El padre hizo por interrumpirlo.

...—Mientras que un pequeño número separado de la muchedumbre, canta himnos á la patria y á la civilización, y encuentra hermosa la vida. Ahora bien: para todos estos males hay remedio, como millones de hombres lo esperaron en el pasado, como otros millones de hombres lo creen al presente, con mil razones más que los primeros. Esta

persuasión me ha entrado en el alma como un rayo de sol. Será un error, el remedio no será aquel que se cree y se propone, será otro, serán otros, complejos, lentos, difíciles, no importa: la primera cosa que se necesita para curar un mal, es reconocerlo. El primer deber de quien quiere suprimir una injusticia, es confesarla y proclamar el derecho de quien la padece. Yo no puedo hacer más, y hago esto. Me hago eco de la voz de los oprimidos y de los miserables; rechazo la complicidad de mi silencio y opongo mi protesta. No puedo ya tener paz ni tranquilidad de conciencia, sino en el cumplimiento de este deber, y lo cumpliré á cualquier precio y á cualquiera costa.

El padre palideció y le preguntó con voz alterada:

—Y ¿dices tú semejantes cosas... á todos?

—Las diré, naturalmente.

—Y ¿las escribirás? —preguntó, bajando la voz, Bianchini.

—Las escribiré.

—Pero ¿no estás en ti, Alberto?—exclamó su mujer, asiéndole una mano.

—¿Escribirás aquello que me has dicho?—continuó el padre con mayor emoción.—¿Que todo es mentira, violencia, que

impera la fortuna y que es preciso mudar las cosas, un deber descoyuntar el mundo? Y ¿publicarás estas ideas... con tu nombre, á costa de llevar á tu familia la discordia, de enemistarte con todos, de arruinarte en tu carrera?

—Sin duda alguna, porque ya he dicho que lo creo un deber.

El padre se quedó un momento mirándole con semblante que jamás había visto Alberto. Después gritó temblando de cólera:

—Y bien: tú eres otro del que yo creía. Tú no tienes afecto ni por tu padre, ni por tu mujer, ni por tu hijo. No tienes ya, ni razón, ni corazón: eres un ingrato. No te reconozco ya por hijo mío.

Y se lanzó á otra habitación.

La señora, desconcertada por aquella palabra, corrió detrás del padre de su marido, llamándole; pero él había cerrado la puerta con violencia.

—Alberto—dijo entonces severamente á su esposo, procurando bajar la voz,—yo tenía derecho á conocer antes que nadie estas ideas tuyas. ¿Por qué no me las has confiado jamás?

Sacudido profundamente por aquella escena, la más grave, la únicamente grave

que el padre le hubiese jamás provocado en su vida, el joven procuró volver en sí trabajosamente y respondió con voz emocionada:

—Porque habrías hecho conmigo lo que mi padre... ya lo has visto.

—No,—le dijo su mujer;—pero habría procurado moderarte. Te hubiera impedido por lo menos que proporcionaras este dolor á tu padre.

—Sí—respondió el joven, pasándose una mano por la frente,—me he excedido, pero él también.

—Sabes que te adora: estoy segura de que sufre indeciblemente,—y añadió bajando la voz:—ve á pedirle perdón.

Alberto hizo un esfuerzo sobre sí mismo; después añadió resueltamente, pero con amargura:

—No puedo.

—Ve—repitió dulcemente su mujer, y le cogió del brazo para empujarle hacia la habitación inmediata.

En aquel momento se abrió la puerta con ímpetu, y Bianchini entró con el rostro convulsivo. Se lanzó hacia su hijo echándole los brazos al cuello, le besó tres veces en la frente y le dijo:

—¡Hijo mio! ¡Alberto mio! Tienes razón... eres más generoso que yo... abraza á tu padre y perdónale.

—¡Querido viejo mio!—respondió Alberto cogiéndole la cabeza con entrambas manos. Y devolviéndole mil besos, estuvieron estrechamente unidos algunos momentos sollozando.

